

DOSIER DE PRENSA



LA MARQUESA Y BONAPARTE

MARÍA JOSÉ RUBIO



Una mujer que decidió vivir sin pedir permiso.

Un Bonaparte en el corazón de la corte española.

**Y un Madrid convertido en tablero de la
geopolítica europea.**



A la venta 11 de febrero del 2026

Nº páginas: 576 - PVP: 22.90 €

VIVIR SIN PEDIR PERMISO



«No me arrepiento... Viví. Amé. Perdí. Me levanté. Fui pintora. Fui libre. Y ahora dejo en tus manos mi historia. No para que me excuses ni me llores. Solo lo hago con la esperanza de que no me olvides».

Mariana de Waldstein, marquesa de Santa Cruz

Esas palabras, dirigidas a otro personaje, a las que la marquesa de Santa Cruz añade el deseo de que no borren su nombre y que entiendan por qué eligió *«vivir sin pedir permiso»*, podrían ir dirigidas al lector de esta excelente novela. Es él el que tiene ahora en sus manos este relato palpitante, llena de vida, basado en hechos históricos y un gran trabajo de investigación en archivos, cuyos huecos ha rellenado la autora con su imaginación de novelista, pero acerca de lo cual advierte que *«puede que lo que parezca más irreal sea lo que realmente ocurrió»*.

Mariana de Waldstein y Liechtenstein es la aristócrata del título – la marquesa de Santa Cruz– personaje histórico convertido aquí en uno de los más fascinantes de la narrativa española reciente, como protagonista de una novela que abunda en personajes de una solidez extraordinaria. Si estos son una de las grandes bazas de *La marquesa y Bonaparte*, la coyuntura histórica es otro de sus grandes atractivos. Esos personajes, la recreación de un momento crucial para Europa, una intensa historia de amor, las vívidas descripciones de Madrid y de los palacios reales (el de la capital, el Escorial, Aranjuez) y una indagación en el significado y el papel del arte, son los pilares sobre los que se alza una de las mejores novelas publicadas en España en varias décadas. Si hubiera que resumir, diríamos que el amor, la política y la geoestrategia, y el arte son sus ingredientes principales.

EL MUNDO SE DERRUMBA Y NOSOTROS NOS ENAMORAMOS



Diciembre de 1800. Desde hace un año, Napoleón es el primer cónsul de la República francesa, el hombre fuerte de Francia y un dictador en la práctica tras el golpe de Estado del 18 de brumario, en el que ha contado con la imprescindible ayuda de su hermano Luciano. Es precisamente Luciano Bonaparte el que, en ese diciembre de 1800, llega a Madrid como embajador de su país.

Las relaciones entre España y Francia son desiguales. Si Napoleón es, además del hombre fuerte de Francia, quien empieza a dirigir los destinos de Europa, el rey de España, Carlos IV, es un hombre apocado, y la propia España, un país en decadencia. Desde el primer momento de la audiencia de Luciano con Carlos IV, se percibe quién es el fuerte, quién manda. Luciano, el más político de los hermanos Bonaparte, impetuoso, dueño de un descaro

elegante, llega como una grieta en el orden conocido. Tras él, Napoleón presiona sin misericordia, dejando constancia de que el mundo ha cambiado y es él el que dicta las reglas.

La diferencia es palpable desde los atuendos. El de Luciano, «*de visible esencia republicana*», contrasta con las sedas, brocados y solemnidades del Antiguo Régimen, todavía vigente en España.

En la primera audiencia en el Escorial, Luciano divisa a Mariana. Es el primer atisbo de lo que será la intensa historia de amor que, entre otras muchas cosas, es *La marquesa y Bonaparte*. Napoleón ya ha mostrado su carácter expansionista con la campaña de Egipto y el enfrentamiento con Austria en la península italiana. El mundo empieza a estar patas arriba. Luciano y Mariana podrían decir lo que los protagonistas de Casablanca: el mundo se derrumba y nosotros nos enamoramos.

UNA MISIÓN EN ESPAÑA



Un centro de la geopolítica europea está en ese momento en Madrid. Napoleón quiere ocupar Portugal, gran aliado de Inglaterra, para que esta pierda su último apoyo en el continente. Para ello necesita la colaboración de España. Es la misión encomendada a Luciano, que moverá sus fichas con el apoyo de Godoy, empezando por sustituir al actual secretario de Estado por otro, Pedro de Cevallos, sumiso, leal a Godoy sin voz ni ideas propias.

Francia no quiere aliados, quiere obediencia; los Bonaparte no proponen, dictan. Y España, arruinada, resiste hasta donde puede.

Empieza ahí una compleja partida de ajedrez o de póquer a varias bandas y llena de dificultades. Primero, porque Francia no quiere aliados, quiere obediencia; los Bonaparte no proponen, dictan. Y España, que no tiene ni para munición y cuenta con «*una flota envejecida, arcas exhaustas, ministros que apenas servían para firmar, un rey cansado, una reina vigilante que quizás opinaba demasiado y una corte que murmuraba más de lo que decidía*», resiste hasta donde puede. Un elemento añadido a esa tensión es que declarar la guerra a Portugal por parte de España es hacerlo a la familia real, ya que la reina de Portugal es hija de los reyes españoles.

Mientras España manda a París a un embajador, Azara, del que se dice que es un espía disfrazado de diplomático, Portugal también se mueve, tratando de sobornar al camaleónico e intrigante Talleyrand.

Luciano Bonaparte se mueve incansable por Madrid en un constante ambiente de sospecha, con tipos misteriosos que le observan, embozados que parecen espiar, siluetas que aparecen fugazmente y se esfuman. Y los personajes con los que se relaciona constituyen uno de los pilares más sólidos y atractivos de la novela.

GALERÍA DE PERSONAJES



LA MARQUESA DE SANTA CRUZ, MARIANA DE WALDSTEIN Y LIECHTENSTEIN. Nacida en Viena, es «una belleza madura y luminosa» de 37 años, con la «sabiduría reposada de quien ha vivido lo suyo» y ojos hirvientes de inteligencia. Ha mantenido una relación con el escritor de novela gótica William Beckford y tiene un pasado de conspiradora a favor de emigrados realistas franceses. Con su acento foráneo, es «una fascinante mezcla entre la desfachatez contenida de una maja española y la compostura glacial de una archiduquesa centroeuropea». Camina con la ligereza de una actriz y la precisión de una reina.

¿Qué hacía una mujer como ella en la corte de Carlos IV? Había en ella una libertad callada, una disonancia refinada que no encajaba en la corte española. Al lado de la reina o la de Alba, no era la más renombrada ni la más vista, pero sí la más verdadera. Con su manera de estar, irradiaba dominio sin esfuerzo. Vive atrapada entre su deber hacia su familia y su inconfesable anhelo de libertad. Su familia vienesa protege a Beethoven y ha tenido a Casanova como bibliotecario.



Su marido, el marqués de Santa Cruz, José-Joaquín de Silva-Bazán y Sarmiento, es la aristocracia personificada, «un caballero en toda regla, ilustrado como un enciclopedista, recto como un monje jerónimo y digno en su vieja nobleza». Piensa que, sin educación, una nación es una tierra baldía. Aristócrata íntegro, casi anacrónico.

Como mayordomo mayor de palacio, responsable de su gobierno interno, llevaba más de dos décadas sirviendo al trono sin retribución. «Alto, enjuto, sobrio, su presencia cardenalicia imponía sin necesidad de decorado». Encarnaba la nobleza sin arrogancia. «Sabía mandar una advertencia envuelta en terciopelo».

GALERÍA DE PERSONAJES



LUCIANO BONAPARTE. Hermano menor de Napoleón, es el más libre, el más incómodo y el más inteligente de los Bonaparte. Político brillante y conspirador decisivo del 18 de Brumario, pronto se convierte en el disidente de la familia: demasiado independiente para el Imperio, demasiado orgulloso para obedecer sin reservas. Culto, irónico y profundamente moderno, prefiere el arte, la conversación y la lealtad a sí mismo antes que el poder absoluto. Casado por amor contra la voluntad de su hermano, vive exiliado entre Roma, Londres y Madrid, siempre bajo sospecha y siempre vigilado. En la corte española es una figura fascinante y peligrosa: un Bonaparte sin Imperio, elegante, melancólico y perspicaz, que observa el mundo con la lucidez de quien conoce los mecanismos del poder pero ha decidido no someterse a ellos. Su trato revela una mezcla de encanto intelectual y distancia moral. Como la marquesa, pertenece y no pertenece; y en esa grieta encuentra su verdadera fuerza.



MANUEL GODOY. A sus 33 años, no tiene un cargo oficial, pero sí total influencia desde su retiro fingido. Ha ascendido de guardia de corps a regir España desde la trastienda, sostenido por el favor de la reina y la docilidad del rey. «*Sabía envolver su poder en estética y convertir el arte en una forma de mando silencioso*». Godoy, que se reconoce en Luciano y su astucia, es la pieza que Francia necesita: ambicioso, pragmático, dispuesto a ceder para no caer ante una aristocracia de viejo cuño que le odia. Más que orgullo, Godoy tiene necesidad de afirmarse, especialmente a través de su colección de arte en la que la forma era la belleza; el fondo, su poder omnímodo y voraz. El lujo que le rodeaba era su gramática; cada posesión, una frase de poder. Era un rey sin corona que se construía a sí mismo con objetos. Por su salón pasan Escosura, Boccherini, Goya, Meléndez Valdés, Fernández de Moratín. Siguiendo el ejemplo del duque de Alba, tiene un gabinete secreto de cuadros, con los más sensuales y carnalmente explícitos de su colección. Entre ellos destaca el de su amante, Pepita Tudó, hija de Antonio Tudó, intendente del Buen Retiro. Godoy mantenía con la reina María Luisa una complicidad secreta que excedía en más de un palmo lo propiamente institucional.

SECUNDARIOS DE LUJO



Alrededor de esos protagonistas, hay otra serie de personajes a los que cuesta llamar secundarios. Son, en todo caso, secundarios de lujo, de esos que llenan las escenas en las que aparecen.

Por ejemplo, un **Francisco de Goya** que completa clandestinamente sus Caprichos en la imprenta de la embajada francesa, convirtiendo su buhardilla en su escondite creativo para hacer la sátira de la corte y su tiempo. Un Goya que entiende mejor el alma que la política.

Josefa Pimentel, condesa-duquesa de Benavente, la primera mujer en dirigir una institución civil en España, la Junta de Damas de la Sociedad Económica Matritense. Por su salón pasan Jovellanos, Moratín o Ramón de la Cruz. Mujer acostumbrada a administrar y a mandar, es -al decir de Luciano- más visionaria que la mayoría de los hombres. La de Benavente es una sabia consejera y prudente protectora de Mariana.

Mme. Desportes es otra secundaria llena de sensatez y sentido común, que, en la embajada francesa, trata de guiar con discreción a Luciano Bonaparte.

La marquesa de Montealegre, dama de la corte, detrás de la reina María Luisa; altiva, imbuida de su papel, de paso exacto, abanico firme y mirada vigilante. O la fiel **Beatriz**, sirvienta de la marquesa de Santa Cruz, conmovedora en su lealtad y discreción. O un **Boccherini** que ensaya sus obras en la embajada francesa.

Y aunque no llegan a aparecer directamente en escena, las fuertes personalidades de **Napoleón** y su **ministro Talleyrand** gravitan constantemente sobre la acción. Un Napoleón para el que la lealtad es moneda de cambio y que disfraza de pacto sus amenazas; y un Talleyrand camaleónico, modelo de superviviente, intrigante que va por libre y juega por su cuenta. Talleyrand, sinuoso, atractivo y enigmático, tal vez padre ilegítimo del pintor Delacroix, según la sugerencia de Simon Schama en su libro Ciudadanos sobre la Revolución francesa.

LA CORTE Y LOS SALONES



Entre las muchas y magníficas descripciones de *La marquesa y Bonaparte* destacan las de la corte y los salones. Así, la recepción de embajadores en salas con candelabros, arañas de cristal, espejos napolitanos, frescos de Tiépolo.

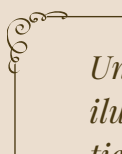
Entre ese lujo, Carlos IV es un rey fatigado y distante, contrariado por no haber podido salir a cazar. De rostro flácido, aquejado de gota, con gesto cansado y mirada perdida, perruna y mansa, rodeado de papeles que no lee. Muestra abatimiento y sometimiento cuando se ve obligado a alzar la mano contra su propia sangre, su hija, reina de Portugal; hecho que piensa que pagará con su alma, igual que temía condenarse por tener cuadros con desnudos cuando pensaba que podía morir como Luis XVI.

A su alrededor, la reina María Luisa, alerta, impenetrable, no tan blanda como él. A sus 49 años, está envejecida tras catorce partos y diez abortos. «*Alternaba veneno y cortesía a partes iguales, con esa perfección propia de quien envejece sin resignación*». Más activa que su marido, concibe el plan de casar a una hija suya con Napoleón, con el señuelo de que la infanta española podrá dar al francés los hijos que, por edad, Josefina ya no le dará.

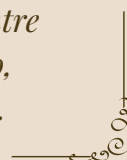
En la familia de Carlos IV también están el infante Fernando, futuro Fernando VII, de rostro apagado, como si todo lo incomodara; y su hermano Carlos María Isidro, futuro cabeza del tradicionalismo, más firme y de ojos inquisitivos. Dignos miembros de una corte en la que el cálculo y la desconfianza eran norma y de una corona brillante por su pasado y endeudada por su presente, como dirá el marqués de Santa Cruz.

En cuanto a los salones, destaca en ellos la esgrima verbal, las conversaciones tensas, de cortesía afilada, los cronistas de pasillo que deseaban coleccionar secretos ajenos, las tertulias de sociedad en que las cosas importantes se decían entre vasos altos y frases bajas, los sempiternos abanicos y su lenguaje.

Antes de la revolución, lo nuevo se toleraba con diplomacia, no con entusiasmo. Los salones acogen coqueteos y un lenguaje no verbal manejando los guantes o el abanico. La política se desliza en ellos como una aguja que hilvana sin que nadie note la puntada. Todo, entre bromas y abanico. «*En Madrid, donde La gaceta apenas decía nada y los despachos mentían por omisión, las tertulias eran el verdadero terreno de juego*».



*Un Madrid bullicioso y maloliente, entre
ilustrado y viejo poblachón manchego,
tiene rango protagonista en la novela.*



Y MADRID



Como la gran novela que es, *La marquesa y Bonaparte* se convierte también en eso que se llama novela de ciudad, novelas –como *Ulises*, *La colmena*, *Crimen y castigo*, *La ciudad de los prodigios*, *Manhattan transfer...*– en las que la ciudad tiene rango protagonista. El Madrid de 1800-1801, periodo en que transcurre, «*hervía de comerciantes y bullicio, de majas, embozados, truhanes, mezclados con aguadores y vendedores...*». Necesitada de una reforma, aún parecía una atalaya mora en algunos tramos. Respiraba todavía, entre sus instituciones ilustradas, leyendas de viejo poblachón manchego.

Es un Madrid de calzadas empedradas y callejas de arena y barro, con vaivén de coches de caballos en la Puerta del Sol, vocerío de mercaderes en la calle de Toledo, paseos ceremoniosos por el Prado, carruajes relucientes aunque las despensas estuvieran vacías, porque el prestigio exigía ser visto, no saciado. Tres siglos después, los hidalgos españoles no han superado el

afán de aparentar del tiempo del Lazarillo. Un Madrid majestuoso y deslucido a la vez; una ciudad con más monstruos que santos, al decir de Goya. Ruidosa –con carreteros que discuten a voces y rebuznos de mulas– y maloliente; las reformas de Carlos III habían llegado hasta donde habían llegado. Con madres que abandonan a sus hijos de forma anónima en el torno de las monjas de la inclusa. Una ciudad que a ratos daba la impresión de haberse detenido siglos atrás, en la que surgían conventos e iglesias por doquier y en la que hasta el polvo parecía alardear de linaje, y a la que llegan aguadores asturianos y pasiegas que se ofrecen como amas de cría.

Su periferia es de campos dormidos, encinas solitarias, pueblos como detenidos en el tiempo –los charcos de Getafe, el polvo seco en los márgenes de Valdemoro–, «*iglesias encaladas de campanarios altos, calles hundidas en barro y vida lenta, aislada, detenida*»; con el denominador común de la pobreza rural.

UNA HISTORIA DE AMOR



En esa ciudad y en esa coyuntura histórica, *La marquesa y Bonaparte* cuenta una intensa (y arriesgada, en varios sentidos) historia de amor. La que Mariana de Waldstein, marquesa de Santa Cruz, una mujer que, como ella misma dice, eligió «*vivir sin pedir permiso*», mucho más joven que su marido, decide vivir con Luciano Bonaparte. Porque en su relación es ella la más decidida, la que toma las iniciativas.

De los riesgos, le advierte Josefa Pimentel a Mariana: «*El amor es un juego peligroso para nosotras, querida. Podemos ser cortejadas, sí, pero no perder la cabeza. Tú no eres una cualquiera*». El cortejo, arte fino reservado a los conocedores del alma humana, era una libertad que aleteaba dentro del deber.

Mariana y Luciano vivirán «*como dos fugitivos de lo correcto*», creyendo que su historia era posible y que, en su mundo, «*la única revolución verdadera fuera la de amar sin permiso*».

UN MUSEO ERÓTICO SECRETO



El arte es otro de los componentes esenciales de *La marquesa y Bonaparte*. En varios sentidos. De un lado, el coleccionismo es un ideal ilustrado. París se ve a sí mismo como custodio de los tesoros de la humanidad, y Napoleón, que quiere crear el museo más bello del mundo, pretende los tesoros de España. Francia quiere apoderarse del arte español como Napoleón se apodera de Europa.

De otro, hay en Madrid un museo erótico secreto que puede saciar esa ambición francesa. Carlos III había mandado purgar de cuadros impúdicos las colecciones reales. Quería quemarlos, pero Mengs lo evitó y consiguió que se ocultaran. Fueron al Buen Retiro y otros lugares, alguno acabó en casa de Godoy.

De modo que el Buen Retiro ya no era el real sitio, muestra del esplendor de los Austrias, sino el trastero de la monarquía. Carlos IV siguió con la purga; el marqués de Santa Cruz intervino esta vez y fueron enviados a la Academia de San Fernando: en su sala reservada hay desnudos de los más grandes maestros, obras de carnalidad explícita y colorido brillante; «*un paraíso oculto donde la carne y la belleza se habían sublimado en pintura*», «*un universo de carnalidad y perfección*».

A ese museo erótico secreto se sumará un misterioso cuadro de Velázquez escondido y desconocido que jugará un papel importante en el tramo final de la novela

UNA EXCELENTE NOVELA HISTÓRICA



La marquesa y Bonaparte es una excelente novela histórica, magníficamente documentada, que cumple dos requisitos de los mejores títulos del género. Por una parte, la documentación aporta una sólida base, es el contexto del relato, las dimensiones del teatro, pero ni estorba la fluidez de la narración ni apabulla al lector. Por otra, consigue eso tan difícil, solo al alcance de los mejores, de hacer hablar con naturalidad y verosimilitud, y presentarlos como cercanos, a personajes que están en los libros de historia.



La marquesa y Bonaparte consigue hacer hablar con verosimilitud a personajes históricos que hace cercanos al lector



El momento histórico en que transcurre es de excepcional interés. Las heridas de la revolución todavía están abiertas, como muestra la viuda De Chopinot, que sirvió a María Antonieta y no simpatiza con quienes decapitan más rápido que piensan. Es el momento previo a las grandes campañas de un Napoleón que todavía no es emperador. Y es, en cierto modo, el acto previo a la Guerra de la Independencia. Al ceder con la paz con Portugal que amañan Godoy y Luciano Bonaparte, Napoleón solo pospone el problema, pensando que Portugal puede esperar y algún día le pasará la factura a España.

La novela muestra también problemas que estallarán en el futuro inmediato; como la rivalidad entre el futuro Fernando VII y su padre, Carlos IV. Este, en su testamento, nombra regentes a María Luisa y a Godoy, mientras Fernando y su camarilla se envenenaban en silencio.

Otro ingrediente importante de este soberbio fresco histórico que es *La marquesa y Bonaparte* es la amistad, hecha de rivalidad y reconocimiento, así como de intereses que a veces confluyen y a veces se oponen, que se forja entre Godoy y Luciano, dos hombres que, en otro contexto, se hubieran llamado amigos; aunque, si había que elegir entre conservar el afecto o consolidar el poder, la elección estaba clara.

Otro, las descripciones en que el ambiente es como una metáfora del estado de ánimo, por ejemplo, de la soledad y las preocupaciones Luciano. Así, Badajoz: «*la ciudad, inmersa en su habitual monotonía, parecía un reflejo de su frustración*». O mostrar ciertos usos, como la corrupción no reconocida de aceptar regalos por los acuerdos de paz. Todo contribuye a redondear una novela verdaderamente extraordinaria.

LA AUTORA



María José Rubio es historiadora y escritora. Académica (correspondiente) de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias históricas de Toledo. Desde su formación inicial como historiadora del Arte, se ha dedicado a la investigación histórica en múltiples proyectos, con especialidad en la Historia de España y la Monarquía Hispánica. Tiene el Premio Campomanes, otorgado por la Real Sociedad Económica Matritense por su investigación sobre la historia de Madrid.

Colabora habitualmente como Comunicadora en *Mass-Media* para la difusión y divulgación de la Historia, en la actualidad como colaboradora en “*La Aventura del Saber*” (TVE-2) y *podcaster* para **National Geographic** como conductora y voz del *podcast* “*Despierta Tu Curiosidad*”. Es autora de libros de ensayo, biografía y novela histórica, como: “*La Chata. La Infanta Isabel de Borbón y la Corona de España*” (2004), “*Reinas de España. De María Luisa Gabriela de Saboya a Letizia Ortiz*” (2009) , “*Reinas de España. Las Austrias*” (2010), “*El cerrajero del rey*” (2012) -su primera novela histórica, con la que ganó el Premio Ciudad de Cartagena a la mejor novela histórica del año-, “*María Josefa Amalia de Sajonia, reina de España. Política, poeta y mística*” (2025) .

“*La Marquesa y Bonaparte*” (2026) es su nueva y más ambiciosa apuesta por la novela con el trasfondo de una gran historia que contar.



Para más información contactar con

Laura Verdura
Móvil: 617 532 380
lverdura@planeta.es

www.planetadelibros.com

Síguenos

 Facebook: **editorialplanetao**

 Twitter: **@Edit_Planeta**

 Instagram: **@editorialplaneta**

 Tiktok: **@editorialplaneta**

